

VOCACIÓN Y ELECCIÓN

LLAMAMIENTO SANTO

MIÉCOLES 15 DE NOVIEMBRE DE 2017.



UN
LLAMAMIENTO
SANTO



Agradecidos a Dios porque un día nos salvó a través del sacrificio de Cristo y hoy disfrutamos de esa salvación maravillosa y tenemos vida eterna.

2 Timoteo 1:9. "...quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos".

Habiendo analizado la primera parte de este versículo "Quién nos salvó". Vayamos ahora a analizar la segunda parte:

NOS LLAMÓ CON LLAMAMIENTO SANTO.

Es necesario que Dios primero salve al hombre. Luego, una vez que éste es regenerado, viene el llamamiento del Señor. Dios no podría

llamarnos a realizar algún servicio si habernos salvado previamente. Por lo tanto, para todos los que han sido y están siendo salvados por el Señor, hay ahora un llamado de parte de Dios.

Él nos salvó, y allí nada tuvimos que hacer nosotros. La salvación de Dios le corresponde sólo a él. Nosotros podemos decir ahora: "¿Señor, por qué me salvaste a mí?. Pero esto es un asunto de soberanía del Señor.

Damos gracias a Dios porque tuvo misericordia de nosotros y nos salvó. Pero el llamamiento es distinto. En este llamamiento, Dios espera de nosotros una respuesta.

NATURALEZA DE NUESTRO LLAMAMIENTO.

El versículo que estamos estudiando dice: "...quien nos salvó

y llamó". Es interesante la acotación que hace aquí el Espíritu, porque no es cualquier llamamiento. Dice que nos llamó con "llamamiento santo". Es importante destacar que la esencia del llamado radica en la santidad de Dios.

Hoy existen muchas instituciones y organismos que convocan a participar en sus nobles tareas; pero, nosotros no hemos sido llamados a participar de alguna ONG, sino en la iglesia, la casa del Dios viviente, la habitación de Dios, donde él mora, donde él quiere sentirse cómodo.

Entonces, este es un llamamiento serio; por lo tanto, tenemos que asumirlo con responsabilidad, con compromiso. Nosotros no vamos a responder frente a un hombre con respecto del llamado que tenemos, sino delante de Aquel que nos llamó, es decir, delante de Dios mismo.

EL PELIGRO DE QUITARLE VALOR AL LLAMADO.

Muchas personas viven sus vidas cristianas de manera descuidada, no tomando mucho en cuenta el que se debe cuidar nuestra salvación.

En Hebreos 2:1-3. El escritor nos dice:

"1 Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. 2 Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, 3 ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el

Señor, nos fue confirmada por los que oyeron"

Este pasaje nos trae, además de una enseñanza; nos advierte del peligro de que "descuidemos una salvación tan grande".

Quisiera tomar eso mismo para aplicarlo al llamamiento. El riesgo es el mismo. No podemos restarle importancia o valor a nuestro llamamiento, creyendo que no es tan importante. Porque el llamamiento que está sobre nosotros es un llamamiento santo, serio.

Es cierto, tendremos pruebas, aflicciones, situaciones complejas en la vida, tal vez nos queramos alejar de la comunión; pero, herman@, recuerda, el que te llamó es Dios mismo, y a él tendremos que responder por su llamado.

El riesgo de quitarle valor a nuestro llamado consiste en creer que son otros los que tienen un llamado a servir, y no cada uno de nosotros. Sin embargo, Dios nos ha llamado para que, en medio de esta convulsionada sociedad, seamos la iglesia del Dios vivo, columna y baluarte de la verdad.

No relativicemos lo que somos; esto es lo que somos, este es el lugar que pisamos, la casa de Dios, donde el cielo se encuentra con la tierra. Qué maravilloso es eso. Este un lugar especial, de manera que no podemos comportarnos livianamente, como si quien nos llamó fuese una persona cualquiera.

Debemos andar como es digno de la vocación con que fuimos llamados. Pero si este llamado de Dios no ha sido

revelado, impregnado por el Espíritu Santo en nuestro corazón, nada ocurrirá con nosotros, no vamos a crecer. Podremos tener muchas actividades religiosas, rutinarias, pero no maduraremos nunca. Cuando hay revelación y compromiso, entonces sí hay fruto para Dios.

SEGÚN EL PROPÓSITO SUYO.

LLAMAMIENTO CON PROPÓSITO.

Volviendo a Timoteo, tenemos un llamamiento santo, por lo tanto, serio. Ahora, unimos esos dos conceptos, salvación y llamamiento, y nos preguntamos: ¿Para qué Dios nos salvó? ¿Cuál es el propósito de nuestra salvación? ¿Cuál es el propósito de nuestro llamado? Vamos a decirlo primero en negativo: Dios no nos salvó tan solo para librarnos del infierno y llevarnos al cielo. Ese no es el propósito final de Dios.

¿Para qué Dios nos salvó? Algunos podrían decir: "Hermanos, Dios nos salvó para predicar a Cristo, para evangelizar, para hablarles a otros acerca del Señor". Sí, tenemos que predicar, tenemos que hablar; pero ese no es el propósito final de Dios, no es su objetivo último. No confundamos ese propósito con la gran comisión; la gran comisión es una tarea pero no es el objetivo final. Entonces, ¿cuál es el propósito por el cual Dios nos salvó y nos llamó?

1. COMUNIÓN CON SU HIJO.

Veamos **1 Corintios 1:9**:

"Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor".

Entonces, ¿Fuimos llamados a salir a hacer cosas? En primera instancia, no. Dios nos llama, primero, a tener comunión con su Hijo. Para eso él proveyó una tan grande salvación, porque él deseaba en su corazón tener comunión con nosotros.

Un versículo muy interesante de Apocalipsis referente a Laodicea suele ser mal interpretado, especialmente cuando lo relacionamos con aquellos que aún no creen en el Señor.

Apocalipsis 3:20.

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo".

Sin embargo, esta carta fue escrita a los hermanos en Laodicea. Los destinatarios no eran incrédulos, sino creyentes en el Señor. Pero algo ocurría con ellos que, aún siendo creyentes, el Señor permanecía fuera. Entendiendo que, un creyente, por definición, es alguien que tiene a Cristo morando en su corazón.

Eso tiene que ver con el propósito por el cual Dios nos salvó. ¿Qué pasó con Laodicea, entonces? Ellos no entendían que el propósito de Dios para con ellos no consistía en que hicieran obras, ni en que disfrutaran de bonanza económica, o de un activismo febril; sino en que Dios quería tener comunión con ellos, porque para eso los había salvado.

2. HABITE CRISTO.

Efesios 3: 17-19. para que habite Cristo por la fe en tus corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, 18 seáis

plenamente capaces de comprender con todos los santos que sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, 19 y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que se llenos de toda la plenitud de Dios.

Cuando Cristo habite en ti por la fe en tu corazón, entonces él va a vivir contigo; entonces él va a tomar las decisiones y no tu, porque él va estar habitando en tu corazón.

Es tan importante que comprendamos este asunto por revelación. Esto constituye el punto más transcendente de nuestra carrera cristiana. De las revelaciones que Pablo tuvo, ésta fue la mayor: que Cristo llegase a habitar en nosotros. Eso es lo que Dios quiere. No quiere estar al lado como un orientador, no. Él no quiere solo influenciarnos; él quiere vivir en nosotros, quiere dirigirlo todo.

Por eso, Pablo dice: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". Ese es el fin. Dios nos salvó para que Cristo habitara en nuestros corazones. Ese es el propósito de nuestra salvación. Dios nos salvó para que Cristo sea el dueño de nuestro corazón, para que él gobierne toda nuestra vida.

Dejemos que él haga morada en nosotros. Espiritualmente, esto es así, pero muchas veces nosotros ponemos trabas al Señor y no se lo permitimos. Tenemos nuestros cuartos secretos en el corazón, donde Dios no tiene cabida, cerramos las puertas de algunas habitaciones y allí él no entra, no está habitando como él quiere hacerlo; no está haciendo uso de su habitación como quiere, porque nosotros lo

restringimos, porque no le dejamos libertad para que gobierne toda su casa.

Cuando decimos que el propósito de Dios es que tengamos comunión con su Hijo y que él habite en nuestro corazón, lo podemos asemejar a esto: usted puede leer la biografía de un personaje y una vez concluida la lectura puede llegar a creer que usted conoce a esa persona, porque conoce la información esencial de la vida de ella.

A veces tratamos al Señor como si fuese un personaje común, nos conformamos con leer su biografía, en los evangelios, en las epístolas, y si alguien nos pregunta acerca de la vida de Jesús, podríamos señalar algunos aspectos, y podríamos hablar acerca de él e incluso dar detalles que otros no perciben.

Cuando alguien lee una biografía, cree conocer a la persona, pero si llegase a tener un encuentro con la persona real, quedaría completamente sorprendido, porque descubriría muchos detalles imposibles de describir en una mera biografía escrita.

AÚN NO ES SUFICIENTE.

No creamos que ya conocemos plenamente al Señor o que ya es suficiente con la revelación que tenemos. Demos gracias por todo lo que hemos recibido de él, pero, nos va a faltar eternidad para contemplar y conocer a Aquel que es el verdadero. No seamos osados en creer que ya le conocemos.

Hemos leído los evangelios, se nos han abierto las Escrituras y hemos visto

detalles de la vida de Jesús. Es bueno hacerlo, pero eso no es base suficiente para decir que le conocemos. ¿Cuánto conocemos a aquel que nos salvó y que nos llamó? ¿Cuánta comunión has tenido con él? ¿Tienes intimidad con él?

Lo más maravilloso de todo esto es que Dios quiere manifestarse a nosotros. Él es el primer interesado en que tú le conozcas. Él quiere revelarse. Pablo

dice: "Agradó a Dios revelar a su Hijo en mí". Eso es revelación, no solo lectura intelectual de las Escrituras.

Tengamos experiencias con él, comunión real, intimidad con él.

Para esto Dios nos salvó, para esto él nos llamó: para tener comunión con nosotros, pero también para habitar en nosotros, para hacer de nosotros su permanente habitación. Amén.



Asi como una flor
hermo sea el jardin,
asi es nuestra vida
cuando estamos en
constante comun ion
Con Nuestro
DIOS.